

Cada 1° de marzo tenemos sentimientos encontrados. Nunca hemos compartido el sino divisionista con que se instauró esta fecha. Lamentablemente él aún hoy está presente entre varios profesionales y estudiantes, que, obviamente, aprendieron esta posición de algunos de sus profesores. A lo largo de los años ellos no han logrado que sus ideas asuman una posición de liderazgo. Solo han conseguido mantener la profesión dividida, de manera que unos contables hablan mal de otros contables. Recordemos a Jesús: “7 Como insistían, se enderezó y les dijo: «El que no tenga pecado, que arroje la primera piedra»” (Juan 8,7).

De otro lado, cada 1° de marzo nos llenamos de manifestaciones, muy bien intencionadas, que señalan objetivos que la profesión debería alcanzar. Son formas indirectas de reprochar deficiencias. Varias de las metas expuestas son ya lugares comunes. Parece que tampoco estas propuestas motivan al colectivo y año tras año siguen en la lucha.

Pensamos que el 1° de marzo debería ser un día de celebración, destinado a agradecer. Deberían empezar por agradecer la vida, don preciado, que diariamente muchos pierden, incluso en nuestro país, a manos de asaltantes, guerrilleros y, así sea por error, de miembros de las Fuerzas Armadas. También deberían agradecer haber podido estudiar una carrera profesional, aspiración que no todos pueden satisfacer. Se sabe que, aunque algunos tengan expectativas más altas, los grados académicos inciden favorablemente en los niveles de remuneración, que tienen efecto directo en

la calidad de vida. Concretamente deberían agradecer ser contadores. Tener una función esencial en la vida económica de las personas, que es evidente en todo el mundo. Deberían agradecer por muchos que los han precedido, aportando conocimientos y experiencias que han desarrollado las ciencias y prácticas contables, permitiéndoles evolucionar al ritmo con el que cambia la vida en sociedad. Deberían agradecer por la felicidad que produce el desempeño profesional. Saber que se sabe, saber que se es útil, saber que el pensamiento contable emociona. Agradecer que, unos más que otros, han podido formar hogares, criar hijos, tener empleados o asociados, con el soporte del ejercicio profesional. No son pocos los que pasan más tiempo trabajando que en el hogar, en esta lógica de mercado en la cual, a todas horas, hasta cuando estamos dormidos, alguien está procurando crecer en su mercado y mejorar sus ganancias.

Deberían agradecer tener la capacidad de ayudar a los que lo necesitan, en un país en que más del 93% es mypime, en que la mayoría de unidades empresariales corresponden a personas naturales, en que la pobreza y la desigualdad es muy grande, aun cuando se diga que hemos logrado mejoras.

En fin... Seguramente los contadores pueden llenar páginas agradeciendo en torno a su profesión hechos concretos que bien deberían divulgar. En realidad sabemos muy pocos de tantos que son.

*Hernando Bermúdez Gómez*